

CALAHORRA.

Mire que somos casadas,  
y vendrán nuestros maridos.

SALVATIERRA.

Descúbranse las picañas.

(Descúbranse los viejos, y quédanse mirando el uno al otro.)

CALAHORRA.

¡Esta es gran bellaquería!  
Pues ¿vos requebráis, Matanga,  
á mi mujer?

MATANGA.

Eso sí;  
para que el refrán os valga,  
antes que te digan, digas.

CALAHORRA.

Si aquí trujera mi espada...

(Descúbranse las mujeres.)

CLARA.

No ha de ser de esa manera,  
por vida de doña Clara.

JUSTINA.

Pues por vida de Justina,  
que á ponérmelo no vaya  
el villano al otro mundo.

MATANGA.

Armada está la celada;  
nuestras mujeres han hecho  
esta burla en su venganza.

GÓMEZ.

Digan: ¿no tienen vergüenza?

SALVATIERRA.

Digan: ¿á nuestras hermanas  
tratan ellos desta suerte?

JUSTINA.

Que no hay reñir de palabra:  
por el siglo de mi madre  
que han de llevar azotaina.

MATANGA.

¡Mujer, por amor de Dios!

CALAHORRA.

¡Mujer!...

CLARA.

¿Con mantos y sayas  
se ponen los maricones?  
Presto verán lo que pasa.  
Los dos los tomen á cuestras.

MATANGA.

Mujer, el amor fué causa.

JUSTINA.

Sepan estimar, bellacos,  
á las mujeres honradas.

(Toman los viejos á cuestras y ellas las azotan.)

MATANGA.

¿Cuántos, mujer?

JUSTINA.

Veinticinco  
por docena.

MATANGA.

Doce bastan.

CALAHORRA.

¡Mujer, piedad!

CLARA.

¿Qué es piedad?  
¿Haréis más las martingalas?

CALAHORRA.

No lo haré más en mi vida.

MATANGA.

¡Que me matan!

CALAHORRA.

¡Que me matan!

(Éntranse, dándoles azotes.)

## 44

XXXV.—Entremés de Refranes.<sup>1</sup>

SON FIGURAS:

PEDRAZA, galán.  
ALVARADO, vejete.  
DOÑA SOFÍA.

DOÑA CASILDA.  
MÚSICOS.

Salen DOÑA SOFÍA y PEDRAZA, galán.

PEDRAZA.

Quien no cree en buena madre, cree en mala madrastra. Pensé yo, señora doña Sofía, que pescaba bogas y que tenía trapillo con dineros en amartelar á vuesa merced; y al fin he visto que la mejor mujer, mujer: pues me deja como el carnero encantado, que fué por lana y volvió tresquilado.

DOÑA SOFÍA.

Más es el ruido que las nueces, señor Pedraza. No diga vuesa merced esta boca es mía, sino punto en boca; y si no, tome las de Villadiego, y no piense que me hace los hijos caballeros: que ya está pobre; y de costal sacudido, nunca buen bodigo.

PEDRAZA.

Cría el cuervo, sacarte ha el ojo. He gastado con vuesa merced mis blanquillas, que no me ha quedado estaca en pared; y cuando pensé que vuesa merced se moría por mí, como gavilán por rábanos, me da con la puerta en los ojos; que mujer, viento y ventura,<sup>2</sup> presto se muda. No puedo dejar de sentillo: que quien juega y pierde, fuerza es que reniegue.

<sup>1</sup> Impreso por D. Adolfo de Castro en su libro *Varias obras inéditas de Cervantes*. Madrid, 1874.

<sup>2</sup> Castro escribió «ventana», pero es errata evidente.

DOÑA SOFÍA.

Agua pasada no muele molino, cuanto y más que no me ha dado nada; que esto es hacer la cuenta sin la huésped; y todo lo que se gana se vuelve sal y agua; y tras, tras, para la costa no más. Ni él tenía que dar, que ¡harto trigo tenía mi padre en un cántaro! Y si me dió algo, no había de ser yo como el sastre del Campillo, que cose de balde y pone el hilo: que el abad de donde canta, de allí yanta. Vaya: que quien se muda, Dios le ayuda; que ya pasó... sofía...; y no quiero ser pescador de caña, que más come que gana.

Sale DOÑA CASILDA.

DOÑA CASILDA.

¿Qué es esto? ¿Qué voces son estas?: que quien mal pleito tiene, todo lo mete á voces. Pero ya puedo sacar por el hilo el ovillo; y pues soy, etc., quiero meter mi cucharada y poneros en paz, aunque más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena.

DOÑA SOFÍA.

En el aldegüela más mal hay del que se sueña. Aquí estamos tú por tú, como el gaitero del aldea; y como canta el abad, responde el monacillo, y perdí mi honor diciendo mal y oyendo peor.

PEDRAZA.

Señoras, yo quiero responder que, á quien no habla, no le oye Dios; y echémosle á doce y nunca se venda, que no piense que me mamo yo el dedo. Yo soy un hidalgo que tengo mi piedra en el rollo: ¡qué mundo, mundillo, nacer en Granada y morir en Trujillo! A lo menos soy tan bueno como esta señora, que tal para cual casaron en Dueñas. Díome entrada en su casa, que dádivas quebrantan peñas. Hela sustentado siete meses, que los duelos con pan son buenos, pero la mucha conversación es causa de menoscipio, y así agora me despide y me escupe: que, ¡Sancha, Sancha, bebes el vino y dices que mancha!

DOÑA SOFÍA.

A palabras locas, orejas sordas. Diga lo que quisiere, que quien no miente, no viene de buena gente.

DOÑA CASILDA.

Ea, no haya más: palabras y plumas, el viento las lleva. No andéis siempre en dares y tomares, que á quien da y toma Dios le da una corcova.

PEDRAZA.

No puede ser el cuervo más negro que sus alas. Yo tengo de andar en dimes y diretes, y en dares y tomares, aunque Dios me dé dos corcovas, que una no es ninguna; y siendo muy corcovado, diré lo que quisiere: que á quien no ha mesura, toda la tierra es suya. Digo, señora, que escarba la gallina por su mal. Yo anduve muchos días por vuesa merced: que parto largo, hija al cabo. Pensé que era vuesa merced nueva; pero uno piensa el bayo y otro el

que lo ensilla. Quise luego dejalla: que lo que otro suda, á mí poco dura. Pero reportéme, y dije entre mí: tal te quiero, Crespa, aunque eres tiñosa.

DOÑA SOFÍA.

No importa no ser nueva. Mal de muchos, gozo es.

PEDRAZA.

Yo hice orejas de mercader, que á quien dan no escoge; pero he gastado mucho en galas, que á gran tocado chico recado, y moza galana calabaza vana.

DOÑA SOFÍA.

Señor, sufrir cochura por hermosura; porque el día que me afeité, vino á mi casa quien no pensé.

PEDRAZA.

Pues ¡aquí de Dios! Si yo le probé que en casa llena presto se guisa la cena; si yo lo sufro todo, que no hay peor sordo que el que no quiere oír, ¿por qué me trata mal? De amigo á amigo, chinche en el ojo. ¡Válgalo el diablo! Mozas, bailo bien ¿y echaisme del corro?

DOÑA CASILDA.

Ea, señora, que cuando dos no quieren, tres no barajan. ¡Váyase el diablo para puto!, que riñas de por San Juan son paz para todo el año. Por amor de Dios, doña Sofía, que quiebre la soga por lo más delgado, y que queráis mucho al señor Pedraza, que malo vendrá que bueno me hará; y cállate y callemos, que sendas nos tenemos.

PEDRAZA.

No quiero más voces, que á cuentas viejas barajas nuevas.

DOÑA SOFÍA.

De consejo ido, el consejo venido. Yo no le quiero mal, que ojos que bien se quieren, desde lejos se saludan; pero, pecadora de mí, no tiene ya un cuarto: que quien tiene cuatro y gasta cinco, no ha menester hocico. Yo, señora, no tengo oficio ni beneficio. Si quieres que te lo diga, Pedraza es pobre y quiere mujer. Aja, no tiene que comer y convida huéspedes.

DOÑA CASILDA.

Señor Pedraza, ¿de qué sirve andar por las ramas? La verdad adelgaza, mas no quiebra. Vuesa merced se quede con Dios; y si no tiene que gastar, purgalle y sangralle; y si muriese, enterralle. Esto es acabar razones: el pan comido, la compañía deshecha.

PEDRAZA.

Vuesa merced se quede con Dios, que á puerta cerrada, el diablo se vuelve. No quiero más perro con cencerro; pero advierta que de lo contado come el lobo, y que aunque más sabe la zorra, más sabe el que la toma. (Váse PEDRAZA.)

DOÑA SOFÍA.

¡Tormes, Tormes, por donde vienes, nunca

tornes! La ida del humo, y al enemigo que huye, la puente de plata.

DOÑA CASILDA.

Ya está hecho: paciencia y barajar, que el huésped y el pez á dos días huelen; y en Madrid se usa descartar al pobre; y donde fueres, haz como vieres.

*Sale ALVARADO con una carta.*

ALVARADO.

La diligencia es madre de la buena ventura; y haz bien, y no cates á quién; que hoy por mí, y mañana por tí. Esta carta traigo de las Indias; que aunque dicen que mal ajeno de pelo cuelga, he de hacer esta diligencia, que cada uno hace como quien es. ¡Ah, vuesa merced la señora doña Sofía!, aunque su fama la hace bien conocida; pero unos tienen la fama, y otros cardan la lana.

DOÑA SOFÍA.

Yo soy, señor, y bien haya quien á los suyos parece.

ALVARADO.

Señora, mire: yo vengo de las Indias; y aunque de largas vías, largas mentiras, vengo para decir verdad y hacer de una vía dos mandados. Vuesa merced tenía en las Indias un tío, el cual, como á la muerte no hay cosa fuerte, se murió; porque quien más no puede, morir se deja.

DOÑA SOFÍA.

¡Ay Dios!, mucho me pesa; pero el muerto á la huesa y el vivo á la hogaza.

ALVARADO.

Este caballero la dejó á vuesa merced mil ducados; que quien no hereda, no medra.

DOÑA SOFÍA.

¡Ay venturosa yo, que á tan buena coyuntura se me ha caído la sopa en la miel! Doña Casilda, ¿qué te parece? Murióse mi tío y me dejó por su heredera: que prendás de garzón, dineros son.

DOÑA CASILDA.

Verdaderamente que adonde no piensan, salta la liebre; y al que Dios quiere bien, en casa le trae de comer.

ALVARADO.

Señora mía, quien bien ata, bien desata. Este dinero se ha de dar con condición que vuesa merced esté casada ó se case; y así lo tengo de hacer, porque no digan que adonde no está su dueño, allí está su duelo.

DOÑA SOFÍA.

¡Válgame Dios, qué de tituillos! Achaques al viernes por no ayunar. Ea, señor, dé vuesa merced ese dinero, que quien da luego, da dos veces.

ALVARADO.

Señora: «mensajero sois, amigo; non mere-

cedes culpa, non». Vuesa merced se case, y al marido daré el dinero; y si no, escríbase en el agua: que más vale vergüenza en cara, que mancilla en corazón. Yo volveré por la respuesta, que á buen bocado, buen grito. (*Váse.*)

DOÑA SOFÍA.

¡Ay, doña Casilda, qué triste que quedo, que no quisiera casarme ni perder este dinero; y no sé qué he de hacer, que lo que es bueno para el hígado, no es bueno para el bazo!

DOÑA CASILDA.

¿De eso te afliges? Con arte y engaño, se vive medio año; y con engaño y arte, la otra parte.

DOÑA SOFÍA.

Pues ¿qué te parece que hagamos?: que más ven cuatro ojos, que dos.

DOÑA CASILDA.

Busca un marido fingido, y dure lo que durare, como cuchara de pan. En cobrando ese dinero, cada lobo por su senda; que en la casa del mezquino, más manda la mujer que no el marido.

DOÑA SOFÍA.

¡Ay, qué bien dices! Más vale saber, que haber. Pero ¿á quién haremos que sea marido fingido, porque no vengamos de rocín á ruín?

*Sale PEDRAZA.*

PEDRAZA.

Si Mahoma no va al otero, vaya el otero á Mahoma. No acierto á salir desta casa, que amores y dolores, mal se pueden encubrir.

DOÑA CASILDA.

¡Ay, que vuelve Pedraza! Llega y ríndete: que el hombre es fuego, la mujer la estopa, llega el diablo y sopla.

DOÑA SOFÍA.

Vuelve acá, pan perdido, que el perro con rabia, á su dueño muerde.

PEDRAZA.

(¿Qué es aquesto? Aquí hay algún engaño: del agua mansa me libre Dios.) ¿Qué es esto, mi señora doña Sofía? Vuesa merced se ha hecho la gatica de Marirramos.

DOÑA SOFÍA.

Quiero ya mudar de condición, porque becerrica mansa, todas las vacas mama; y quiérote pedir que digas eres mi marido (que no importa el decillo, que del dicho al hecho, hay gran trecho), porque me importa para cobrar mil ducados; porque al buen entendedor, pocas palabras.

PEDRAZA.

¡Casarme yo! A otro perro con ese güeso, que el buey suelto bien se lame. De la mala mujer te guarda, y de la buena no fíes nada; mas si no es más de decirlo, yo lo diré, que boca que dice de sí, dirá de no.

DOÑA SOFÍA.

Pues nosotras vamos á prevenir una fiesta como de boda; y adiós, bien mío. Y vívame esa cara de pascua mil años, que á quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. (*Váanse las dos.*)

PEDRAZA.

Quien calla, piedras apaña. Estas me quieren engañar; y yo las tengo de ganar por la mano, que quien hurta al ladrón, cien días gana de perdón.

*Sale ALVARADO con el dinero.*

ALVARADO.

Si esta mujer no se casa, no la tengo de dar el dinero. ¡Oh, señor Pedraza!, huélgome de encontrarle aquí; que ando entre la cruz y el agua bendita, con mil ducados que he de dar á una doña Sofía; y pienso que no trae bien los dedos para organista.

PEDRAZA.

¡Ah, qué linda ocasión! La sopa se me ha caído en la miel. Aquí me he de vengar lindamente con vuestra ayuda, que del lobo siquiera un pelo.

ALVARADO.

Haced lo que quisiéredes, que quien calla, otorga.

*Salen DOÑA SOFÍA y DOÑA CASILDA.*

DOÑA CASILDA.

Ya traemos músicos y bailarines, para que güela la casa á hombre: que cada gallo canta en su muladar.

DOÑA SOFÍA.

Pues allí viene el Indiano, y aquí está ya aguardando el novio: que á quien madruga, Dios le ayuda. Llegue vuesa merced, señor Indiano, que el señor Pedraza es ya mi marido, que mi suerte me lo dió. Cada oveja, con su pareja.

ALVARADO.

Yo lo creeré si él lo dice: que al hombre por la palabra, y al buey por el cuerno.

DOÑA SOFÍA.

No diga vuesa merced ese nombre en día de boda, que al enhornar se hacen los panes tuertos.

ALVARADO.

¿No responde vuesa merced, señor novio? que él es de boda quien duerme con la novia.

PEDRAZA.

Yo soy el verdadero marido; pero la desposada no duerme, que mujer que no vela, no hace larga tela.

ALVARADO.

Pues si vuesa merced es el marido, tome estos mil ducados, y buen provecho la hagan: que de buena mano, buen dado.

PEDRAZA.

Con estos quedo yo pagado de otros tantos que he dado á esta señora. Y así, me voy: ¿qué es lo quiere la mona, piñones mondados?

DOÑA SOFÍA.

Señores, ¿qué es esto? El pez que busca el anzuelo, busca su duelo; que quien al cielo escupe, en la cara le cae. Si digo que no es mi marido, no me darán el dinero; y si digo que lo es, me lo llevan. Yo estoy como perro de barbecho: ladra sin provecho.

PEDRAZA.

Señora: quien todo lo quiere, todo lo pierde. A perro viejo, no hay tús tús; y de burlas ni de veras, con tu amo no partas peras.

DOÑA SOFÍA.

¡Ay de mí!, déjame llorar, que no soy yo sola.

PEDRAZA.

Ea, no más, que soy tierno de corazón. Yo volveré el dinero, que buenas son mangas después de pascuas. Quiero darlo poco á poco, porque vuesa merced no me dé con los ochos y nueves.

ALVARADO.

Dice bien el señor Pedraza. Y pues han venido los músicos, canten y bailen: que quien canta, sus males espanta.

PEDRAZA.

Pero adviertan que hemos hablado todos refranes, y así, canten de aquesta manera. Entre col y col, lechuga; que quien bien baila, de boda en boda se anda.

*Salen los Músicos y cantan.*

MÚSICOS.

Una doncella chancera,  
de las de «tarde piache»,  
que con pico de once varas  
pica y repica que sabe,  
aficionada á un mancebo,  
que todo lo nuevo aplace,  
le tresquiló á panderetes,  
que corta el pelo en el aire.  
Dejósele á buenas noches:  
¡qué linda si se enrubiase!,  
que quien malas mañas tiene,  
siempre de las suyas hace.  
Mas la dama, arrepentida,  
pretende dasengañarle,  
y poniendo haldas en cinta,  
le baila el agua delante.

Como sardina, muere la dama ingrata:  
saltó de la sartén y dió en las brasas.  
Quien te hizo el pico, te hizo rico.  
Ése es tu enemigo, quien es de tu oficio.  
Nunca te acompañen libres mujeres:  
dime con quién andas, diréte quién eres.  
Picarilla, si quieres salir de los duelos,  
llégate á los buenos: serás uno dellos,

## 45

XXXVI. — Sainete famoso de los Rufianes. <sup>1</sup>

TOLEDANA. Hoy que del mes de las flores fenece el fragante imperio, y á los rayos del estío rinde Amaltea su aliento, salgo á aquesta hermosa playa de sauces, vergel ameno, donde argenta Manzanares cristalinos golfos bellos. Aquí, donde mis amantes, entre arrullos lisonjeros son con cítaras de plata armoniosos Orfeos, ostentarme quiero altiva á lo de «aparten, que vengo toda de la vida amago y del amor instrumento».

VALLE. Por el rastro de mi hembra vengo el blando imán siguiendo, donde anima la esperanza imposibles de mi afecto.

LUISA. Por esta amena ribera mi amoroso pensamiento, Clori de mejor antorcha sigue sus rayos supremos.

TOLEDANA. Ya á vista de mi belleza mis dos jaques compitiendo, á lo jácaro se acercan á poner á su amor cerco.

(Representado.)

LUISA. Mas ya veo...

VALLE. Mas ya he visto...

LUISA. ¿A Clori?

VALLE. A mi dulce dueño.

LUISA. A hablarla llegaré ufano.

VALLE. A hablarla constante llego.

LUISA. Hermosísimo peligro.

VALLE. Bella Clori.

LUISA. Mas ¿qué es eso?

Pues ¿cómo te atreves tú, vano, atrevido y resuelto, á mirar desta hermosura los dos brillantes luceros, cuando sabes que soy yo el de su gusto?

VALLE. Es que creo que el que es el del gasto, en todo ha de ser siempre el primero.

LUISA. Yo no he entendido jamás sosfisterías, y puesto que sabe que desta dama soy el *non plus ultra*, luego se vaya de aquí, dejando desocupado este puesto antes que á enojar me llegue, y sólo con el aliento de mi furor le traslade

<sup>1</sup> Bib. Nac. Manuscrito 16.774, en cinco hojas, en 4.º «Estrenóse el año de 1632, en 15 de Septiembre.» Esto se lee en una hoja primera, pero con letra que no es igual á la de la composición, aunque parece también antigua.

donde, aún antes que mi esfuerzo acabe de respirar, en el clarísimo asiento del carro de las cabrillas le estrelle por carretero.

VALLE. Pues ¿conmigo garla uced, cuando de un amago creo que si doy con él en tierra he de hacer tal agujero en ella, que ahorre el gasto de flotas y barloventos; pues abriendo el bronco espacio de ese inculto duro centro, y penetrando de golpe los más dilatados senos, haré un claro pasadizo por donde puedan, contentos, todos pasar á las Indias sin peligros y sin riesgos?

LUISA. Pues ¿á mí, tan atrevido, me respondes?

TOLEDANA. Deteneos.

VALLE. Deja que á aquece chiquito le vaya á hacer más pequeño.

LUISA. Deja que á ese grande vaya á enseñarle á ser atento.

TOLEDANA. Mirad...

VALLE. No has de detenerme.

TOLEDANA. ¿Qué haces tú?

LUISA. ¿No lo ves? Esto

es afilar de esta daga el corte, con que su acero, maestro de ceremonias, vaya á ensayarse á maestro en todo aquece volumen de la cara de ese necio.

VALLE. ¿Es fácil?

LUISA. Tú lo verás cuando, de un golpe sangriento, tal senda en tu rostro abra que indeciblemente incierto, no pueda medir sus puntos el más diestro zapatero.

VALLE. Pues acércate y verás lo que encuentras.

LUISA. Ya me acerco.

TOLEDANA. ¡Ay de mí! ¿No hay quien evite una desgracia?

Salen todos.

1.º ¿Qué es esto?

VALLE. Ahí fué querer de su vida tomar cuenta á este chicuelo.

LUISA. No es nada; querer quitarle á ese valiente el pellejo.

1.º Pues ya que habemos llegado no haya más, y cese el duelo, trocando con alegrías en un baile el sentimiento.

LUISA. Sea, como Clori diga, á quien ofrece su afecto.

VALLE. Y á quien premia de su amor el más bellissimo premio.

TOLEDANA. (Canta.) No haré tal, pues unidos miro dos riesgos, por lo que en uno amo y en otro pierdo.

LUISA. ¿Por qué un correspondido fino deseo, ha de hallar á su vista triunfos ajenos?

TOLEDANA. Yo, señor mío, cómo, y así le advierto, que sin dármele nunca me pida celos.

VALLE. Según eso, yo solo tu amor merezco, pues á conquistas de oro lauros pretendo.

TOLEDANA. Fuerte imán es del alma la voz del precio, y es gusto que en faltando tiene buen deajo.

LUISA. Di quién de tus favores se verá dueño.

VALLE. Quién logrará finezas de tanto precio.

TOLEDANA. A entrambos, á dos luces, responder quiero, que no se gasta el gusto como el dinero. (Cántico.) Sea, y con alegre cántico, el afecto de mi amor, dejando á entrambos más tímidos haga alarde de su voz.

LUISA. Pues que en la región espléndida del vendado ciego Dios no es el puro amor solícito entre todos superior, ni cese nunca el dolor.

VALLE. ¿Por qué, quien sólo es el págalo, ha de hallar oposición, siendo su dinero el séquito que dura mientras duró? Cesen los festivos cánticos y deme ya la razón.

TOLEDANA. Porque nunca extremos físicos el interés encontré, pues sólo el oro es quien bélico arrastra á todo favor. Vaya de festivos cánticos.

## 46

XXXVII. — Entremés famoso del Estudiante. <sup>1</sup>

Representóle el Valenciano.

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

PEROTE.	UN ESCRIBANO.
LUCRECIA.	UN CRIADO.
CARRIZO.	LOS MÚSICOS.
UN ALGUACIL.	

Salen PEROTE, LUCRECIA y CARRIZO.

LUCRECIA.

Holgaréme que trates de venganza, Carrizo, por la parte que me alcanza.

<sup>1</sup> En la segunda parte de las Comedias del Maestro Tirso de Molina. Madrid, 1835.

CARRIZO.

Lucrecia, cuando tú la Casta fueras, no creas que venganza igual tuvieras.

PEROTE.

Notable necedad, por vida mía, donde hay ingenio echar por valentía. Demás, que un alguacil en Salamanca, nunca sale á rondar tan desarmado que no vuelva, Carrizo, trasquilado.

LUCRECIA.

¿Que haya dado este hombre en perseguirme?...

PEROTE.

Si eres mujer, que pienso que lo eres, ¿quién quieres que persiga á las mujeres? ¿Dícete amores?

LUCRECIA.

No me dice amores.

PEROTE.

Pues ten por aforismo verdadero que, si no busca amor, busca dinero.

CARRIZO.

Ahora bien, yo le mato aquesta noche.

PEROTE.

¿Aquesta misma?

CARRIZO.

Aquesta ó la que viene.

PEROTE.

Pues para la que viene lugar tiene de tratar de su alma y de su hacienda; mas á fe que si á mí se me enciende, que con sólo buscarle y perseguirle, no ha de quedar el hombre en Salamanca.

LUCRECIA.

Esto es mejor, Carrizo, y no perderte, que no es mi agravio para darle muerte.

PEROTE.

Andaba yo en la rúa enamorado de una platera como un ángel bella, tan necia que había dado en ser doncella. Dió el alguacil de escuelas en quitarme una guitarra allí, todas las noches.

A tres que me quitó, pido á un amigo un galgo que tenía, y de la cola atele la guitarra por los trastes. Y apenas comencé la seguidilla, cuando el tal alguacil llega á pedilla. Doy una coz al galgo, y al instante le dejo la guitarra y él sintiendo el son que por las piedras le iba haciendo, aullaba de manera que, espantados, huyeron vara y pluma. Y los criados contaban que habían visto, esotro día, un diablo que cantaba y que tañía.

LUCRECIA.

Ansí quisiera yo que le burlaran.

PEROTE.

Como eso en Salamanca, por instantes, hacen, si los persiguen, estudiantes.

¿No has visto unas garruchas por do suben la leña á las altas azoteas?  
Pues atóse la soga un estudiante y puso en la azotea diez ó doce.  
El alguacil de escuelas, que tenía costumbre de quitalle la espada, llegó á reconocerle, la una dada, y abrazóse con él, diciendo: «aroga», y tiraron los otros de la soga.  
Subió el cuitado dando muchas voces; donde le dieron colación tan fea, que fueron canelones de azotea.

CARRIZO.

Pues yo deajo la cólera y te deajo, Perote, la elección de la venganza.

PEROTE.

Id con Dios, y esperadme luego en casa; sabréis presto despacio lo que pasa.

(Váanse. Sale el ALGUACIL de escuelas, el ESCRIBANO y un CRIADO.)

ALGUACIL.

¿Muriósete la luz?

CRIADO.

Refresca el viento.

ESCRIBANO.

¿No sabes, como nuevo en Salamanca, que los cimientos y árboles arranca?

ALGUACIL.

Enciende en esa lámpara de enfrente.

CRIADO.

Ya voy. (Váse.)

ALGUACIL.

Vuelve á esta calle.

ESCRIBANO.

Aquí hay un embozado. ¿Quién diremos?

PEROTE.

Ya os conozco. Ténganse, no lleguen, que ¡vive Cristo!, que es don Diego Víctor, aunque pese al más bravo y arrogante.  
¿No respetan el aire del montante?  
Pues ¡fuera! ¿Qué le juego! ¡Háganse afuera!

ALGUACIL.

¿Qué dices, hombre? Tente, escucha, espera.

PEROTE.

Rebano y corto en círculos pachecos<sup>1</sup> varas y plumas como cardos secos.

ALGUACIL.

¡Que te destruyes, hombre!

PEROTE.

Soy manchego.

Sale el CRIADO.

CRIADO.

La linterna está aquí.

<sup>1</sup> Alude á los tratados de esgrima publicados por don Luis Pacheco de Narváez, ó á su habilidad y destreza en ella.

ALGUACIL.

Llégala presto.

PEROTE.

Paso, señores, paso. ¿Qué es aquesto?

ALGUACIL.

¿Qué es del montante? ¿Dónde le has echado?

PEROTE.

¿Montante yo? Por uno y otro lado me miren sus mercedes.

ALGUACIL.

¿No tenías el que ahora á dos manos esgrimías?

PEROTE.

¿Qué dicen? ¿Están locos?...  
¿O es que vienen tan micos que hacen cocos?  
¿Montante yo? ¿Hay mayor bellaquería?

ALGUACIL.

Pues ¿quién eres?

PEROTE.

¡Qué lindo preguntar!

Un estudiante que se va á acostar. (Váse.)

ALGUACIL.

Jurara que le vi con el montante.

ESCRIBANO.

Estos son medio brujos ó hechiceros.

ALGUACIL.

El aire, ¡vive Dios!, de los aceros dos veces me pasó por las narices.  
Echad por esta calle, que hay perdices.

PEROTE.

(Dentro.) ¡Justicia, aquí de Dios!

ALGUACIL.

Tened, ¿qué es esto?

ESCRIBANO.

Una mujer se queja en esta esquina.

ALGUACIL.

Tapad la luz hasta saber el caso.

PEROTE.

(Dentro.) ¡Paso, que soy doncella: paso, paso!  
—No hay paso, estése queda, ó ¡vive Cristo!, que le corte la cara.

ESCRIBANO.

Fuerza es esta.

ALGUACIL.

¡Ah, pobre doncella!

PEROTE.

¡Qué traición!

ALGUACIL.

Apresta la luz. ¿Quién va?

PEROTE.

Yo.

PEROTE.

¡Ah de casa, señores! <sup>1</sup>  
¡Ah, señor alguacil, mire que es cosa importante, piadosa y provechosa!  
¡Ah de casa! Sin duda están dormidos.  
¡Oh dura suspensión de los sentidos!  
¡Ah de casa! ¡Por Dios, póngase alguno siquiera á esa ventana!

ALGUACIL.

¿Qué importuno!

¿Quién es?

PEROTE.

Yo.

ALGUACIL.

¿Quién?

PEROTE.

¡Qué lindo preguntar!

El estudiante que se va á acostar. (Váse.)

ALGUACIL.

Espera un poco.  
¡Pícaro! ¿Aún en mi casa? Este estudiante ha de volverme loco. <sup>2</sup>  
Dame mi espada y capa, que, si espera, yo le haré que se acueste aunque no quiera. (Váse.)

Sale LUCRECIA y CARRIZO.

LUCRECIA.

Mucho tarda Perote. No querría que saliese la burla á la trocada.

CARRIZO.

De noche toda burla fué pesada.

Sale PEROTE.

PEROTE.

¡Vitor, Perote, vitor treinta veces!

LUCRECIA.

Entra, y vitor mil veces. Cuenta el caso.

PEROTE.

Altamente, Lucrecia, te he vengado.

CARRIZO.

Bien nos puedes contar lo que ha pasado, mientras ponen la mesa, y cenaremos.

PEROTE.

Pues habéis de saber...

ALGUACIL.

(Dentro.) Llamad y entremos.

ESCRIBANO.

¡Abran aquí!

LUCRECIA.

¿Quién llama?

ALGUACIL.

La justicia.

<sup>1</sup> Este medio verso sobra, sin duda alguna.

<sup>2</sup> Estos tres versos deben de leerse así:

ALGUACIL.

¡Pícaro! ¿Aún en mi casa? Espera un poco. Este estudiante ha de volverme loco.

Sale PEROTE.

ALGUACIL.

¿Qué libremente responde el bellacón, el insolente! ¿Dónde está la doncella?

PEROTE.

¿Qué doncella?

ALGUACIL.

La doncella que aquí forzando estaba.

PEROTE.

¿Es esto lo que aquí me levantaba de un montante que dice que esgrimía?  
¿Yo mujer?... ¿Hay mayor bellaquería?

ALGUACIL.

Pues ¿quién es?

PEROTE.

¡Qué lindo preguntar!

El estudiante que se va á acostar. (Váse.)

ESCRIBANO.

Prendelde.

ALGUACIL.

Ya se fué y estoy corrido.

¡Que un pícaro dos veces haya sido atrevido á burlarme!

ESCRIBANO.

No rondo más aquesta noche. <sup>1</sup>

ALGUACIL.

Pues entremos en casa y cenaremos, que temo que ha de andarse tras mí toda la [noche, y ha de obligar este bergante á que le mate.

ESCRIBANO.

Notable fué la treta del montante; pero la de la fuerza y la doncella, disfrazada la voz, la burla es bella. Con la flema que el pícaro decía, como si fuera verdadero el caso:  
«¡Paso, que soy doncella, paso, paso!»

(Váanse, y sale PEROTE solo.)

PEROTE.

Él se ha entrado á cenar; yo pondré el sello á las burlas que tengo comenzadas.  
¡Ah de casa!

ALGUACIL.

(Dentro.) ¡Qué necias aldabadas!

<sup>1</sup> Desde aquí está muy alterado el texto. Quizá se hubiese escrito poco más ó menos así:

ESCRIBANO.

No rondo esta noche.

ALGUACIL.

Pues entremos

en casa y cenaremos; que temo que ha de andarse tras mí toda la noche este bergante.

ESCRIBANO.

Notable fué la treta del montante... etc.

PEROTE.

Este es el alguacil. ¡Brava malicia!  
Siguiéndome ha venido.

CARRIZO.

Ya ha entrado.  
Bien dije que la burla se ha trocado.

*Salen el ALGUACIL y el ESCRIBANO.*

ALGUACIL.

No se alborote nadie, esténse quedos,  
que vengo de amistad sólo á buscar  
el estudiante que se va á acostar.

PEROTE.

Yo soy; y de mi culpa perdón pido,  
que soy tan servidor de aquesta dama,  
que vengué los agravios de su fama.

ALGUACIL.

Pues yo sólo he venido á conoceros,  
y por vos le prometo no ofendella,  
sino servilla, que aunque me han burlado,  
á hombres de ingenio soy aficionado.  
He sabido que baila diestramente  
y quiero que me pague la visita.

LUCRECIA.

De mil amores. ¡Hola, Margarita!

ALGUACIL.

¿Hay vecina también?

LUCRECIA.

Para serviros;  
vecina, castañeta y seguidillas.

ALGUACIL.

Pues yo quiero escuchallas y servillas,  
como no haya más treta de montante.

PEROTE.

Aquí le bailarán, y no se espante  
de que me vaya yo.

ALGUACIL.

Pues ¿por qué causa?

PEROTE.

¿No ve que soy, ¡qué lindo preguntar!,  
el estudiante que se va á acostar? *(Váse.)*

*Salen los Músicos y bailarines.*

*Cantan.*

«Las discretas damas,  
montantes juegan,  
que jugar á dos manos  
son lindas tretas.

Con reveses y tajos,  
que no estocadas,  
de matar á los hombres  
viven las damas.

De estocadas matan  
tus ojos bellos,  
que es tirarme reveses  
matar con celos.»

CARRIZO. Asienten, señoras.

ALGUACIL. Luego, ¿ya no hay más?

LUCREC. Busque al estudiante  
que se va á acostar.  
Músicos. «Busque al estudiante  
que se va á acostar.»

*Fin del entremés del Estudiante que se va á acostar.*

## 47

XXXVIII. — Entremés famoso  
del Gabacho.<sup>1</sup>

*Representóle el Valenciano.*

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

MANUELA.	UN MORO.
PULGÓN.	UN ITALIANO.
ANGELA.	UN FRANCÉS.
ANA.	MÚSICOS.
FRANCISCA.	

*Salen MANUELA, tapada, y PULGÓN, gracioso.*

MANUELA.

Escúcheme, galán, una palabra.

PULGÓN.

Mi señora tapada, y aun quinientas  
escucharé, llevado de ese brío. *(Ásele del brazo.)*  
Mas, poco á poco, que ese brazo es mío.

MANUELA.

¿Desto sólo se queja?

PULGÓN.

Soy muy tierno.

MANUELA.

¡Qué delicado que es para el infierno!

PULGÓN.

Luego, ¿vamos allá?

MANUELA.

Pregunta nueva.

PULGÓN.

Mas ¿dónde puedo ir si ella me lleva?

MANUELA.

¿Tan demonio soy yo?

PULGÓN.

No sé, ¡por Cristo!;  
que sólo el paramento es lo que he visto.  
Éa, corre el soplillo, socarrona,  
y mira que no seas narigona,  
que hay mujer de nariz tan insolente,  
que pienso, cuando miro sus confines,  
que se la han hecho para con chapines.

*Sale ANGELA, tapada.*

ANGELA.

Una palabra, hidalgo.

MANUELA.

¡Linda chanza! *(Váse.)*

<sup>1</sup> En la segunda parte de las *Comedias de Tirso de Molina*.  
Madrid, 1635.

PULGÓN.

¿Otra palabra? ¡Buena va la danza!

ANGELA.

Diz que trae gran dinero.

PULGÓN.

Hanla engañado;  
porque él me trae á mí...

ANGELA.

¿Cómo?

PULGÓN.

Alcanzado.

ANGELA.

¿Luego salióme en vano la intentona?

PULGÓN.

Y mucho, raterísima buscona;  
dechado universal de aventureras,  
espía doble de las faldriqueras:  
diste en vago esta vez, quedaste manca.

ANGELA.

Pues ¿no es posible que no traiga blanca?  
¿Unos cuartos no habrá?

PULGÓN.

Pues ¿eso ignoras?  
Un reloj tengo que los da por horas.

*(Váse ANGELA y sale ANA tapada.)*

ANA.

Una palabra.

PULGÓN.

¡Andallo, camaradas!  
que hoy es el día de las palabradas.

ANA.

Yo vengo á dalle.

PULGÓN.

No puede ser malo  
cualquier cosa de dalle.

ANA.

Con un palo.

PULGÓN.

¡Arre allá! ¿Estás borracha ó endiablada?

ANA.

¿No se llama Pulgón?

PULGÓN.

• «¡Que non debiera!»

ANA.

Las pulgas mato yo desta manera *(Dálo.)*

PULGÓN.

Detén la mano, y pues con esos ojos  
las vidas y las almas apaleas,  
ruego á Dios...

ANA.

¿Qué, Pulgón?

PULGÓN.

Que nunca veas.

*(Váse ANA y sale FRANCISCA, tapada.)*

FRANCISCA.

Señor galán, una palabra, escuche.

PULGÓN.

Aún no puede caberte á ti en el buche:  
palabrerita niña, ¿qué me quieres?

FRANCISCA.

Oiga.

PULGÓN.

Ya oigo, tilde de mujeres.

FRANCISCA.

Quiero ser su respeto.

PULGÓN.

No lo aceto,  
que seré hombre de muy poco respeto.

FRANCISCA.

Téngole dada el alma.

PULGÓN.

Poca dádiva.

FRANCISCA.

¿Por qué?

PULGÓN.

Porque si el cuerpo es tan chiquito  
que para velle al suelo me abalanzo,  
el alma vendrá á ser como un garbanzo.

FRANCISCA.

Á fe que vos paguéis la burla y juego.

*(Arrímase á un lado FRANCISCA.)*

PULGÓN.

Por Dios que tengo bravo mujeriego;  
tapadísimas niñas de los diablos,  
yo me resuelvo en verles los retablos.  
Por esta empiezo. Mira, no seas fiera.

*Descúbrese uno de MORO.*

MORO.

¿Qué querer bosancé? ¿De qué se admira?  
Hortelano estar, sonior  
desta horta e desta casa  
y ser, aunque velde así,  
Cencerraje de Granada.  
¿Querer una ensaladica?  
Que me hacelda tan bezarra,  
que á saber sonior Mahoma  
comemos de bona gana,  
echar perregil, mastorzo,  
merdabona, merdolagas,  
caporretas, caporrones,  
zucar, lechuzas, borrachas.

PULGÓN.

¡Perro!, no quiero otra cosa  
sino que de aquí te vayas.  
¡Válgate el diablo por hembra!  
¿Aquesto los mantos tapan?

MORO.

Vos perro; y si me coger,  
hacerle andar por el barba;  
caraquí, caracollá;  
quedanos en noramala. *(Váse.)*

PULGÓN.

Para mí, pues que me creo  
de aquestas sierpes tapadas;  
pero esta dama podrá  
consolarme con su cara.

*Sale un ITALIANO á lo figón, tapado con un manto.*

ITALIANO.

*Sea ben venuto vu seoria; <sup>1</sup>  
¿volete qualque cosa de hosteria,  
puesto que no me llamo tragachone,  
de pinata, vitela, macarrone?  
¿Volete qualque musica cheleste  
arlequin, saltimbanqui?*

PULGÓN.

¿Qué hombre es este?  
Señores, bazucado tengo el seso.

ITALIANO.

*¿Qué vole vu seoria adesso, adesso?  
Patron caro, ¿qué vole? Dica, dica.  
El ajafar, ase ancora, que ancora  
venerano tutili cavalieri,  
depoy de haber balato la gallarda  
altri bolte florete, capiole,  
salti chicati multi sopte un pedi,  
mutance in torni de diversi modi  
que, pillando la dami, dando bolli,  
sente rumore de la pianela  
que potriano farlo molti chircole.*

PULGÓN.

¿Hay taravilla igual? ¡Calla, demonio!  
¿No eras mujer ahora? ¿Qué es aquesto?

ITALIANO.

*Ay me, poltron, farfante, mollo paruto,  
vallente homo, si reconozuto,  
que por eso alle el mundo arrinconare,  
no estaro piu. (Váse.)*

PULGÓN.

¡Vete con los diablos!,  
que no entiendo esa cisma de vocablos.  
Señores, ¿á cuál hombre ha sucedido  
que con voz delicada le requiebren,  
y que al irse á informar de las facciones  
ejércitos descubra de barbones?  
¡Vive Dios!, que he de ver si esta que queda  
es alacrán, langosta, sapo ó rana.—  
Muestra, mi bien, aqueese rostro bello.

*Sale un FRANCÉS con manto.*

FRANCÉS.

Yo Juan Francés, ¿qué quiere para ello?  
Piensa que vuested no te conozca.  
Pues veamos ahora qué destapas.  
No puede estar tapada ó descubierta  
y el diablo que te lleve.

PULGÓN.

Poco á poco,  
camarada.

<sup>1</sup> Dejamos esta jergonza italiana como se halla en el original.

FRANCÉS.

Oye tú, camará,  
no ponga á nadie nombres,  
que, ¡vive Dios!, que en medio de la corte,  
como en Camaranchón de abajo hablas.  
¿Yo, camará? Yo soy hijo de galgo,  
con mi pobre vestido y mal pellejo.

PULGÓN.

Y tras eso serás cristiano viejo.

FRANCÉS.

Mientes, picoro, yo, pobre mancebo;  
mas, ¡vive Dios!, que soy cristiano nuevo.  
¿Diz qué viejo? Tú, viejo, que yo, hermano,  
veinte años ha, no más, que soy cristiano.  
Hable bien, que, ¡por Dios! que no te sufra.  
Valga el diablo el mostrenco; diz que agora  
me pone nombres.

PULGÓN.

Vete poco á poco,  
franchote, que te pierdes si no callas.

FRANCÉS.

No me pierdo, que bien sabo las callas.

PULGÓN.

¿Qué calles sabes tú?

FRANCÉS.

Yo sé á la puente Saboyana, al Parche, <sup>1</sup>  
á los caños de Alcolo, á la tuerta zurrada,  
á los frailes barquillos, á la calle de las plastas,  
y á la calle del orinal y al peso de la orina,  
á los tabardillos de San Francisco y á la cuesca  
de la Madalena y Santa Barbuda,  
y al pollino quemado, donde van á nadar,  
migas hirviendo. A todos estos partos  
sabo yo; y ¡vive Dios!, si me descubres  
otra vez, que te coma y te destrueque  
y te vuelvo á comer. (Váse.)

PULGÓN.

Dios mío, ¿qué es aquesto? Niña duende,  
estornudo de dama, don melindre,  
requiebro venial, mujer en cierce,  
muñequita con alma, átomo breve,  
no te descubras, porque llevas talle  
de ser lombriz, gusano, pulga ó chinche.  
Mas sácame ¡por Dios! de aquesta casa,  
adonde, si no son hermafroditas,  
barban las damas de una mano á otra.

FRANCISCA.

Corto de manos y bolsa,  
largo de cuerpo, no más,  
caña de alcanzar gorriones,  
lanza de desollinar,  
aguileño pasadizo,  
cuartago mayor de edad,  
agueta de la Jiralda,  
viga grande de lagar;  
más vale aquesta carita,  
aunque verla no queráis,

<sup>1</sup> El pasaje que sigue está muy alterado; pero no podemos darle forma pasable.

DON PEDRO.

Mire, señora dama, yo la adoro,  
mas está muy cebada con el oro.

JUANA.

Mire, señor mancebo, yo le busco,  
mas en no viendo argén, luego me ofusco.

DON PEDRO.

Mire, señora dama, yo la amara,  
pero tiene vusted cara muy cara.

JUANA.

¿Muy cara? Pues ¿mi cara tiene precio?  
¿No le basta ser pobre, sino necio?  
¿Hay india rica, que apreciar bastara,  
la más zurda facción de aquesta cara?  
¿Hay oro en el Oriente, rico y bello,  
que pueda compararse á mi cabello?  
Lo claro del cristal, que al mundo espanta,  
¿no sirve de azabache á mi garganta?  
Un amante de noche, y en invierno,  
aguardando que le abran en la calle,  
¿puede ser más airoso que mi talle?  
Aqueste pie, en el mundo peregrino,  
¿no parece razón de vizcaíno?

DON PEDRO.

Señora mía, bueno está, quedito.  
Cese la excomunión, y á Dios se quede,  
que aunque en servilla mucha gloria gano,  
para tanta deidad soy muy humano.

*(Hace que se va.)*

JUANA.

¿Qué le digo, galán? ¿No oye? ¿Está sordo?  
Luego ¿se corre? ¿Hiciera más un gordo?  
Vuelva acá. ¡Jesús, qué zurdo que anda?

DON PEDRO.

Ya vuelvo, mi señora. ¿Qué me manda?

JUANA.

Esto mismo, señor, mándeme algo,  
que sacarle por mandas es mi intento.

DON PEDRO.

¿Que la mande? Pues ¿hago testamento?  
Yo durazno me llamo por bellaco.

JUANA.

Yo garitera, porque á todos saco.  
Deme una colación, no sea importuno.

DON PEDRO.

¿Colación? Pues ¿es hoy día de ayuno?  
¿Hay tal pedir? ¿Pidiera más un pobre?

JUANA.

Pobre soy. (Antes ciegue que tal vea.)  
Dé limosna vusted.

DON PEDRO.

Dios la provea.

LUISA, dentro.

LUISA.

¡Ay, ay, ay!

DON PEDRO.

¿Qué voces son aquestas?

que cuantas bellezas cría  
la corte.

PULGÓN.

Donosa estás,  
pulga del amor; descubre  
esa cuenta de cristal.

*(Descubre á FRANCISCA y estará vestida de arlequin y con barba.)*

¿No dije yo ¡vive Cristo!,  
que es cara de Barrabás?  
Por Dios que ha de haber remedio,  
que yo no he de reventar.  
En tus manos me encomiendo;  
fortunilla, ¿dónde estás?

Músicos cantan.

Músicos.

«Por esta encantada puerta,  
que á encantos sólo se da,  
dos deidades salgan luego  
con sus ojos á encantar.

Dos mozuelas cuyo brío  
es de lo airoso y galán,  
sonando las castañetas  
se entretejen á compás.

¡Oh qué bizarras mudanzas  
todas cuatro haciendo van,  
con tal brío, que parece  
que riñen y que se dan!

Y por celebrar la burla  
que á Pulgón han hecho, ya  
piden que muden de tono  
á los que cantando están.

Quien tuviese la bolsa  
dura y cerrada,  
donde quiera que fuere,  
será fantasma;

y es cosa clara,  
que ni ama ni quiere  
quien no regala.

Más estiman las damas  
en este tiempo  
dos reales de á ocho  
que mil requiebros.  
Aquesto es cierto,  
que mujeres no quieren  
sino al dinero.»

## 48

XXXIX. — Entremés famoso  
de las Viudas. <sup>1</sup>

Representóle Prados.

HABLAN EN ÉL LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON PEDRO.  
JUANA.  
LEONOR.LUISA, que es el gracioso.  
CARTÓN.

Salen DON PEDRO y JUANA.

JUANA.

Mire, señor galán, yo bien le quiero,  
mas está muy lampiño de dinero.

<sup>1</sup> En la segunda parte de las Comedias de Tirso de Molina. Madrid, 1635.

JUANA.  
Aquí vive Leonor. ¿Si ha sucedido  
desgracia alguna? Veamos lo que ha sido.  
Llamá, pues, á esas puertas.

DON PEDRO.

¡Ah de casa!

*Salé LUISA, que es el gracioso, de viuda.*

LUISA.  
¿Quién nos llama á las solas, las cuitadas,  
las viudas en agraz desmaridadas?

JUANA.  
¿Qué llantos son aquestos, qué quimeras?

LUISA.  
Murióse mi señor, Juan de las Eras.

DON PEDRO.  
¡Válgame Dios!

LUISA.  
Y el diablo le tentaba  
cuando aquel pajarillo se acababa.

JUANA.  
¿Fué larga enfermedad?

LUISA.  
De cuatro meses;  
mas como el mal, para traer la muerte,  
tanto tiempo lo andaba dilatando,  
estábamos los dos...

JUANA.  
¿Qué?

LUISA.  
Reventando.

JUANA.  
Llama á Leonor, porque la consolemos,  
y el pésame le demos.

LUISA.  
No hayan miedo  
que puedan consolar á la cuitada.

DON PEDRO.  
¿Por qué?

LUISA.  
Porque ya está [muy] consolada.  
¡Ah Leonor, ah señora, ah mis amores!,  
sal á cumplir con estos dos señores.

*Salé LEONOR de viuda.*

LEONOR.  
¿Para qué ha de salir una afligida?

LUISA.  
Para contar á todos tu salida.

JUANA.  
Leonor amiga, cese ya el llanto,  
que puede suceder por ti otro tanto.

DON PEDRO.  
Pésame, mi Leonor, pésame mucho.

LUISA.  
Dos veces le ha pesado al avechicho.  
Hay hombres que se turban dando un pésame.

DON PEDRO.

Para salud le sea.

LUISA.  
¿A quién, hermano:  
á mi ama ó al difunto? Aquesto propio  
me sucedió con una vejecita  
que vino á amortajalle esta mañana,  
que después de dejalle muy cosido,  
santiguándose dijo, con voz baja:  
«Para salud le sea la mortaja.»

LEONOR.  
¡Ay qué dolor!

LUISA.  
Mi viuda dolorida,  
consuélate por Dios.

LEONOR.  
¿Que me consuele?  
¿Cómo se echa de ver que no te duele!  
¿Es barro haberse muerto mi marido?  
¿Yo viuda? No lo creo, no lo creo.

LUISA.  
Añade: según ha que lo deseo.

LEONOR.  
¿Qué es desear? Buen siglo haya el que pudre,  
que le quise yo mucho en esta vida.

LUISA.  
Y mucho más le quieres en la otra.

LEONOR.  
¡Ay qué sola he quedado y desdichada!

LUISA.  
Sola es mejor que mal acompañada.

LEONOR.  
¿Qué de gustos me hizo por mil modos!

LUISA.  
Y este postrero fué el mayor de todos.

LEONOR.  
Cuando me dijo: «Amiga, que me muero»,  
me vieras, Juana, que me deshacía.

LUISA.  
De ver con el espacio que moría.

LEONOR.  
Ya se me acabó el brío y el buen talle.  
Cierren aquesas puertas de la calle,  
porque temo si abiertas vuelvo á vellás...

LUISA.  
Que se te ha de volver á entrar por ellas.

LEONOR.  
Era mi Juan tan cuerdo, tan afable  
y tan callado en todo cuanto hacía...

LUISA.  
Que nunca dijo: esta mujer es mía.

Bizcochos no, que es cosa regalada.  
Tráele aquel jamoncillo de tocino,  
que eso basta con un trago de vino.

LUISA.  
¡Ay señora! Con esa niñería  
yo enviudara diez veces cada día. (*Váse LUISA.*)

LEONOR.  
¿Qué te parece, Juana? ¡Ya estoy viuda!

JUANA.  
Si va á decir verdad, Leonor hermosa;  
más que triste, me tienes envidiosa.  
¿Qué ventura tan grande que has tenido!  
Dime, ¿con qué mataste á tu marido?  
Que después que te vi, ando muy inquieta  
por tomar de memoria esta receta.  
Porque tengo un marido perdurable,  
y tan de acero, tiemblo de decillo,  
que es tabardillo él del tabardillo.

*(Salé LUISA con vino y taza y algo que comer en un plato.)*

LUISA.  
Aquí está esta miseria. Haz que lo coma,  
porque no esté en ayunas mi señora.

JUANA.  
Qué, ¿tanto ha que no come?

LUISA.  
Un cuarto de hora.

JUANA.  
Come, Leonor; ea, amiga.<sup>1</sup>

LEONOR.  
Por no ser porfiada...

JUANA.  
Eso conviene;  
mira por ti.

LUISA.  
En cuidado se lo tiene.

LEONOR.  
No lo puedo pasar.

LUISA.  
Ni yo tampoco.  
A un doctor sucedió este mismo cuento  
yendo á cierta visita de momento,  
que el mismo enfermo, le metió en la mano  
al despedirse, un real de á dos muy falso.  
El procuró pasalle en pan, en carne,  
en juego, en la comedia, y no hubo talle  
en todo un día de poder pasalle.  
Pues viene y toma, ¿y qué hace? En un instante  
mandóle confitar, y á otra visita  
dijo al enfermo: «Vuesasted procure  
tomar este cordial para las bascas,  
que le ha de dar la vida.» Y el cuitado  
se echó en la boca el real azucarado.

<sup>1</sup> Podría completarse el verso leyendo:  
«Come, Leonor; ea, come, amiga.»

LEONOR.  
Acuérdome que hallándome una noche  
hablando en Leganitos con un hombre,  
cuando pensé [que] una y otra puñalada,  
me dijo: «Quejaos luego, delicada;  
¿no sabéis que el sereno os hace daño?  
Pues ¿por qué no sacastes un sombrero?  
¿Haos de curar aqueste caballero?»  
Y trayéndome á casa me reñía,  
porque muy abrigada no salía,  
porque fué su bondad cosa notable.

JUANA.  
En gloria esté marido tan afable.  
A este que yo tengo se parece,  
que, porque bostecé, en el mismo instante  
que un hombre bostezaba, en las quijadas  
me dió tantos puñetes á pie quedo,  
que ya, aunque quiera bostezar, no puedo.

LEONOR.  
¡Pluguiera á Dios viviera el mal logrado,  
aunque me maltratara rostro y pecho!

LUISA.  
¡Ay señora, qué bien está lo hecho!

LEONOR.  
¿Qué de promesas hice! ¡Ay afligida!

LUISA.  
Por que se fuese en paz á la otra vida.

LEONOR.  
Hoy, cuando le llevaron de mis ojos,  
me lastimaba con los circunstantes.

LUISA.  
De que no hubiese sido un año antes.

LEONOR.  
¿Que ya no te he de ver, Juan de mi alma?  
Muerto deseo verte, dulce empleo.

LUISA.  
Pues ya te se ha cumplido tu deseo.

JUANA.  
Mi Leonor, no lo llores todo junto,  
que parece que quieres en un día  
hacer honras, entierro y cabo de año  
casándote otra vez; esto colijo  
de tanto llanto.

LUISA.  
El diablo se lo dijo.  
Mi señora no se ha desayunado;  
háganla comer algo.

JUANA.  
Tráelo luego,  
que yo haré que lo coma.

LUISA.  
Voy al punto  
á traer unos bizcochos.

LEONOR.  
Luisa, espera.